



ANY VI.

REUS, 1.^{er} D'ABRIL DE 1925

NUM. 125.



Biografia d'En Joan Prim i Prats, Compte de Reus

escrita per En MARIAN RUBIÓ I BALLVÉ, amb motiu de la inauguració de la Galeria de Reusencs Il·lustres establerta en el CENTRE DE LECTURA, el 27 de novembre de 1915; i revisada rescentment per son autor.

EL GENERAL PRIM

(CONTINUACIÓ)

El soldado de siempre dió paso al hombre político de mirada escrutadora y de previsión certera. De las reflexiones de Prim nació el convenio de Orizaba, primer paso para entrar en tratos con el gobierno de Suarez, con objeto de conseguir el cobro de las indemnizaciones. Obra de Prim este pacto, lo firmaron los demás plenipotenciarios; pero cuando fué conocido en Europa, mereció las más acerbas censuras. Napoleón III, que veía desvanecerse su plan del imperio mejicano, conminó a sus representantes en Méjico para que no siguieran las huellas de Prim. Los desterrados políticos españoles que se hallaban en Francia, colaboraban con los franceses para derribar al plenipotenciario español. Sólo Inglaterra comprendiendo que Prim tenía razón, se puso de su parte.

Prim no se amilana por las complicaciones que se amontonan. Le dice a Napoleón III cuan equivocado está; le dice al gobierno de Madrid que ha mirado el problema de Méjico a través de un prisma engañoso y sin aguardar contestación de nadie, sin esperar autorización del gobierno, sin buscar paliativos ni componendas, en el mismo continente en que Hernán Cortés quemó sus naves, Prim recogía sus tropas y, embarcándolas en buques ingleses, las saca de aquel lugar peligrosísimo en el que nada tenían que hacer, y deja que las huestes de Napoleón III se las compongan como quieran en aquel enmarañado asunto.

¡Traición! ¡Cobardía! Todas las palabras del repertorio de los denuestos se profririeron contra Prim. El mundo entero pareció que se escandalizaba. En Cuba, el Capitán

general, Serrano, a quién se había dirigido Prim pidiéndole buques para el transporte de las tropas, asombrado reúne a todas las autoridades y a todas las personas significadas de la Habana para pedir su consejo en tan extraño caso, y se acuerda impedir a todo trance la retirada. Era ya tarde para ello, porque las tropas se encontraban ya en alta mar, y Serrano no tuvo más remedio que conformarse con los hechos consumados, como a regañadientes se conformó igualmente el gobierno español.

La expedición a Méjico quedaba liquidada en los siguientes términos. Prim quedaba por los suelos; el héroe de los Castillejos parecía que había descendido para siempre del pedestal que había ocupado por su valor indomable. Maximiliano de Austria quedaba convertido en emperador de Méjico; era el sucesor de los emperadores aztecas. Prim se había equivocado radicalmente. Sus profecías de hechos dolorosos no eran más que temores sin fundamento alguno. La famosa carta escrita por Prim a Don José Salamanca en la que se preveía el fin de la intervención extranjera en Méjico, era una presuntuosa afirmación, sobre todo al escribir en ella: «Guarde V. esta carta, porque los hechos me darán la razón.»

Pero, la historia no se detiene por nada ni por nadie en su camino. Por desgracia para los franceses, para mayor gloria de Prim, el equivocado no era el Conde de Reus, sino los que no le comprendieron. Era Napoleón III, eran los gobiernos, era la diplomacia, era el pueblo, era Europa que no habían sabido ver claro. Solo Prim tenía razón contra todos. Maximiliano murió fusilado, y el gobierno de Méjico, que Prim consideró como el más fuerte, volvió a regir los destinos de aquel agitado país.

En el Senado, se defendió Prim de una manera brillante, demostrando con claridad meridiana que lo que el Conde de Reus hizo en Méjico era lo que convenía a los intereses de España. Toda otra solución podía haber complacido momentánea-

mente a alguna nación extranjera, pero esto no lo podía ni debía tener en cuenta un hombre de la talla del ilustre caudillo. De este discurso, pronunciado durante tres sesiones consecutivas (diciembre de 1862) son los párrafos siguientes:

«El asunto era muy grave—decía el general Prim en su discurso—y naturalmente me debía dar mucho que pensar. En este caso, cuatro resoluciones se presentaban a mi vista: 1.^a Entregarme, ir con los franceses. 2.^a Echarme a un lado y pedir nuevas instrucciones al Gobierno de la Reina. 3.^a Cerrar el paso a los franceses y esperar instrucciones de los gobiernos respectivos. 4.^a Embarcarme con las tropas, dejando a los franceses únicos responsables de sus actos. Ahora bien—continuaba nuestro ilustre paisano—¿cuál de esas cuatro resoluciones era más conveniente y ventajosas a la persona del general Prim? Indudablemente, la primera. Yendo con los franceses había de pelear con la seguridad de vencer, había de pelear siempre triunfando y avanzando hasta el alcázar de Moctezuma y plantar allí el glorioso estandarte de Castilla. En aquella capital reposan los nobles restos de Cortés; en ella está el estandarte que aquel célebre capitán llevó en la conquista; aquellos venerados trofeos hubieran vuelto a España conquistados por mí, y esto sólo hubiera immortalizado mi nombre. Pero todavía, si bien de orden inferior, hay otra cosa que debe tenerse en cuenta; la Reina hubiera recompensado mi servicio con el tercer entorchado; el Emperador (Napoleón III) me hubiera honrado con la Legión de Honor; hubiera sido duque de Méjico y marqués de otra parte, y al volver a Europa nadie me hubiera podido disputar la embajada en París. Indudablemente, habiendo hecho todas estas cosas al lado del ejército francés, tenía la seguridad el Gobierno español de que había de ser recibido con cariñosa deferencia por el Jefe del vecino Imperio y con cariñosa amistad por los grandes de su corte.»

«Tal es,—añadía el general Prim—el

cuadro seductor que se presentaba a mi vista si me iba con los franceses. Pero esto no se podía realizar sin menoscabo de mi buena fé; sin mengua de la lealtad, del decoro, de la dignidad, de la independencia de la Reina, del Gobierno y de la Patria mía; y creí que cumplía mi deber correspondiendo a la confianza de la Reina y del Gobierno, sacrificando mi orgullo, sacrificando la amistad del Emperador, sacrificando mis tendencias belicosas, sacrificando mis sueños de gloria militar, sacrificando todo, en fin, en aras de mi deber, en aras de la independencia de mi Patria. Porque, si hubiera obrado de otra manera de como obré, los intereses de la patria se hubieran sacrificado en aquellas regiones y nuestro porvenir hubiera quedado oscurecido: Si me voy con los franceses, y hago lo que ellos, millones de españoles, que están desparramados en toda la República, hubieran reportado muchos males, sin que hubiese podido ampararles. Sin embargo no se me ha agradecido; se quejan de mí, y se quejan porque no saben lo que les hubiera pasado de haber hecho lo que ellos querían.»

VI

Napoleón III no acertó ni mucho menos al enemistarse con el general Prim. La más elemental prudencia, por parte del emperador de los franceses, aconsejaba que la nación vecina buscara la amistad de España, para contrabalancear la gran fuerza que le amenaza por el lado del Rhin, particularmente después que, como consecuencia de la victoria de Sadowa (1866) Prusia adquiría la hegemonía de los pueblos germánicos. A pesar de que la conveniencia de Francia era conquistar la amistad de Prim, y con ella la de España, Napoleón III obró de manera que dos hombres extraordinarios, de los que sólo de tarde en tarde aparecen en el escenario de la vida pública, se unieron contra él: Bismarck y Prim.

Bismarck estimaba que sólo una guerra

realizada en común podría borrar las divergencias y recelos existentes entre los alemanes del Norte y los del Sur. Una guerra contra Francia levantaría el prestigio de Prusia, y haría posible que los Hohenzollern, reyes de Prusia, llegasen a ser emperadores de Alemania. La guerra contra Austria, terminada en Sadowa, tuvo por resultado arrojar a Austria de la Confederación Germánica, y nada se oponía ya, por lo tanto, a que las ilusiones de Bismarck se convirtieran en realidad.

Bismarck, a espaldas de su rey, Guillermo de Prusia, se puso de acuerdo con Prim para presentar la candidatura de los Hohenzollern para ocupar el trono, entonces vacante, de España. Este era el pretexto mejor que halló Bismarck para provocar una guerra con Francia. La maniobra estuvo a punto de fracasar, porque el rey Guillermo no estaba de humor para secundar los planes de su primer ministro. Pero este no cejó en su empeño, y llegó a ser una realidad la aceptación de la corona de España por el príncipe Leopoldo de Hohenzollern - Sinmaringen. El embajador de Francia consiguió, sin embargo, que la candidatura fuera retirada, y parecía que Bismarck perdía la ocasión de sostener una guerra con Francia. Pero, hallándose Guillermo en Ems y Bismarck en Berlín, el primero le dió cuenta en un telegrama de la conversación algo seria que había tenido con el embajador de Francia. Bismarck alteró los términos del despacho que procedía de Ems, convirtiéndolo en la confirmación de un grave desaire hecho por el Rey al Embajador, y este despacho, alterado, se comunicó a la prensa y a todas las cancillerías. No se necesitaba más en París para que la opinión pública saltase sobreexcitada. Era la guerra, la terrible guerra de 1870-71, precursora de la hecatombe de 1914-1918,

Olivier, primer ministro de Napoleón III al producirse los sucesos que brevemente se acaban de indicar, al historiar los orígenes de la guerra de 1870, lanza contra Prim

las más duras acusaciones. Algunas afirmaciones de Olivier són falsas; todas, injustas. Prim seguía una política inspirada en el interés nacional. Napoleón III, y su esposa la Condesa de Montijo, seguían otra política, basada en el interés de la dinastía Napoleónica más que en el de Francia. Prim, poseía una superioridad política incontestable sobre su rival, y le derrotó en todos los terrenos en que lucharon. Si Napoleón III hubiera sabido comprender a tiempo que clase de hombre era el Conde de Reus, acaso la historia de la Europa contemporánea hubiera tenido capítulos muy distintos de los que han sido escritos con sangre durante los últimos cincuenta años.

VII

Es muy difícil formar concepto, en la época actual, de la vehemencia con que se manifestaban las luchas políticas en la España del siglo XIX. Sometido nuestro país, hasta los primeros años de dicho siglo, a un régimen absoluto, sintieron hondamente, los hombres de ideas avanzadas, la influencia de la Revolución francesa, y anhelaron el establecimiento en España de un sistema de gobierno constitucional y democrático. El primer código constitucional que conoció nuestro país fué el Estatuto de Bayona (6 de julio de 1808) dictado por Napoleón para que con él gobernara España su hermano José. Las Cortes de Cádiz elaboraron y pusieron en vigor la Constitución de 1812, y a partir de ella, casi toda la política del país giró alrededor del tema constitucional. Los partidos que hoy llamaríamos de la derecha extrema eran partidarios del absolutismo sin atenuaciones de ninguna clase. Las derechas moderadas admitían la conveniencia de una constitución atenuada. Los hombres

de ideas avanzadas eran partidarios de la Constitución de Cádiz, modificada al compás que la marcha de los sucesos y de las ideas lo aconsejaban. De aquí que durante el siglo pasado rigieran en España diferentes constituciones, y hasta se votaran otras que ni siquiera llegaran a promulgarse. Los hombres públicos de aquella época, con mayor buena fé que conocimiento de la psicología del pueblo, cuya felicidad querían hacer, creían firmemente que cambiando el código político fundamental cambiaba el modo de ser de la nación. Sólo más tarde se ha podido comprobar por los más avisados que no bastan los preceptos de una Constitución para alterar gran cosa la fisonomía de un pueblo.

Los partidos políticos de la época a que me refiero se agruparon de la siguiente forma. Los que querían el gobierno absoluto se hicieron campeones de la candidatura de Don Carlos, para que fuese rey de España, al morir Fernando VII sin sucesión masculina. Numeroso, fuerte y tenáz el grupo absolutista, sostuvo dos largas guerras civiles, además de otros intentos de lucha prontamente sofocados. Dentro del campo de la monarquía legítima, la derecha estaba constituida por el partido moderado, durante largos años acaudillado por el general Narvaez. Las ideas avanzadas estaban sostenidas por el partido progresista, y más radical que éste, por agrupaciones democráticas y republicanas, que se pasaron muchos años conspirando y promoviendo sediciones militares. Finalmente, para intentar la pacificación interior y evitar las intensas discordias políticas, se formó un nuevo partido, el de la Unión liberal, con la izquierda de los moderados (puritanos) y la derecha de los progresistas. El alma de la Unión liberal fué el general O'Donnell, y Espartero acaudilló mucho tiempo a los progresistas.

(Continuará).